



JUAN PABLO II EN ALEMANIA: LA TAREA DE LA IGLESIA EN LA SOCIEDAD OCCIDENTAL

GERMAN ROVIRA-CLAUDIO BASEVI

1. *Problemas y soluciones*

El sentido del viaje apostólico de Juan Pablo II a Alemania Federal sólo puede captarse, como es lógico, en el sentido de la Iglesia en aquellas tierras, es decir, a partir de la situación en que se encuentra de hecho la cristiandad alemana. El mismo cardenal Höfner, en la reunión de la Conferencia Episcopal Alemana que tuvo lugar en Fulda, con motivo de la estancia del Santo Padre en esa ciudad, el 17 y 18 de noviembre, describió con unas pinceladas la situación de la Iglesia en Alemania, señalando la gran esperanza que la visita del Papa constituía para seguir trabajando pese a todas las dificultades. Precisamente sus palabras nos permiten entender mejor los temas tratados por el Vicario de Cristo en los 28 encuentros y alocuciones pronunciados durante su estancia en la República Federal; se trata del panorama general de la Iglesia en Alemania.

El arzobispo de Colonia y presidente de la Conferencia Episcopal Alemana proporcionó en primer lugar algunos datos numéricos: en Alemania existen 12.500 parroquias para un número aproximado de 26 millones y medio de católicos, que representan un 43,7 % de la población en Alemania, aunque más de un millón de estos católicos no son de nacionalidad alemana, y constituyen, por tanto, el grupo religioso de mayoría relativa, ya que todas las demás confesiones evangélicas, incluyendo las no representadas en la «Unión de las Iglesias evangélicas en Alemania» (EKD), solamente llegan al 43,5 % de la población. Esta dimensión de la Iglesia en Alemania, llamada «extensiva» por el Cardenal, es realmente amplia, pues se articula en más de 25 mil instituciones preescolares (jardines de infancia, casas-cunas, etc.), 1.211 hospitales y residencias sanitarias; 722 centros de formación con más de 47.000 alumnos para profesiones sociales, 1.150 colegios de enseñanza media; además de residen-



cias de ancianos, etc., etc. Pero todos estos datos son solamente extrínsecos. En este sentido, más importante todavía es la prosperidad económica de muchos católicos alemanes, que, puesta con generosidad al servicio de los ideales evangélicos, puede ayudar a las labores apostólicas de naciones menos desarrolladas. De ahí que la preocupación del episcopado consista en llenar de espíritu profundamente creyente a todos los católicos, no sea que, decía el Cardenal de Colonia, «la presencia extensiva nos paralice, como la coraza de Saúl impedía luchar al joven David».

Los problemas expuestos por Höffner, por otro lado, no son característica exclusiva —por desgracia— de la situación religiosa en Alemania. Como aspectos preocupantes se pueden citar en primer lugar la fuerte disminución de la natalidad, y que cada vez son menos las familias dispuestas a entregarse a los hijos, con un aumento geoméricamente progresivo de los divorcios y las «uniones libres». Junto con los problemas de la familia se nota la carencia de ideales en los jóvenes y una desilusión vital que lleva a cifras de alcoholismo, de drogadictos y suicidios verdaderamente alarmantes; se nota también una pérdida creciente del respeto a la persona humana y a la vida, con una indiferencia cada vez mayor ante el creciente número de abortos, actos de terrorismo y violencia¹.

La Iglesia se enfrenta, por lo tanto, en Alemania con los males típicos de una sociedad permisiva, secularizada y materializada².

A estos peligros evidentes se une una situación cultural difícil. Alemania, que desde hace un siglo y medio es sin duda el punto de referencia cultural de Europa occidental, está sufriendo las consecuencias de las ideologías inmanentistas (idealismo liberal y existencialismo). El «caso» de conocidos profesores de Teología es todavía muy reciente³, y no faltaron tampoco voces contrarias al viaje papal. El Cardenal de Colonia

1. La Conferencia Episcopal Alemana, en una Carta Pastoral publicada para preparar el viaje del Papa a Alemania (*L'Osserv. Rom.* de 15-XI-1980, p. 5), señalaba cuatro aspectos de la visita papal: la peregrinación a las tumbas de San Alberto Magno y Duns Escoto, y a otros centros tradicionales de espiritualidad (como Fulda, unida al recuerdo de San Bonifacio, y Altötting); el fomento del espíritu de iniciativa de los católicos alemanes; el devolver el sentido de la fe a una sociedad materializada, y el ecumenismo. Al lado de los elementos religiosos, los obispos alemanes no podían dejar de preguntarse: «En los desórdenes de las últimas décadas, ¿no se ha acaso alejado de la Iglesia y de su predicación un gran número de miembros de nuestras comunidades? ¿El bienestar nos ha hecho tal vez más humanos? Hemos de reconocer que la atmósfera espiritual en nuestro país es cada vez menos propicia a la fe y a su realización en la vida».

2. En el mismo periódico, en una entrevista, el Card. Höffner, contestando a una pregunta relativa a los problemas más graves que había de solucionar la Iglesia católica en Alemania, señalaba tres: la difusión de la indiferencia religiosa, la extensión de la actitud «consumista» y la disminución de vocaciones sacerdotales y religiosas. El Prelado consideraba que a partir del final de la década de los años 60 se había producido una «fatal fractura» con las tradiciones y una verdadera «crisis existencial».

3. Vale la pena recordar la carta abierta (7-I-1980) difundida por los obispos alemanes y publicada el 13-I-1980 en *Katholisches Sonntagsblatt* a propósito del profesor Hans Küng. Contemporáneamente la Conferencia Episcopal Alemana publicó un dossier completo sobre el doloroso tema. Cfr. *Dokumentation*, publ. por Presse-dienst des Sekretariates der Deutschen Bischofskonferenz, Bonn 1979 y la trad. francesa *Le dossier Küng. Faits et Documents* (Communio, Fayard, París 1980).



manifestó su dolor por esta campaña, cuando dijo al Papa en el saludo que le dirigió: «En las últimas semanas hemos podido comprobar de nuevo cómo el báculo de San Pedro es un signo de contradicción, como la Cruz»; y cuando luego se refirió al proverbio africano, que el Santo Padre había utilizado en mayo en su visita a la Costa de Marfil: «El árbol a la vera del camino ha de soportar los golpes de todos los que pasan por allí».

Afortunadamente el clima de insatisfacción y descontento sembrado por algunos sectores católicos y no católicos produjo también un efecto contrario: por ejemplo, abrir una colecta entre los católicos alemanes, una más entre las muchas tan generosamente apoyadas por los católicos practicantes. El resultado de esta colecta, prácticamente improvisada, fue de más de 30 millones de marcos. Ese sería el regalo de los católicos al Papa, para que él pueda ayudar a los países afectados por las duraderas sequías en la zona del Sahel.

En general los puntos conflictivos de nuestra época fueron también los temas principales que el Papa trató en sus discursos: relaciones entre religión y cultura, vocación cristiana y sociedad secularizada, desarrollo de la Teología y tarea del Magisterio.

Otro punto extremadamente delicado, y al mismo tiempo de gran envergadura humana, religiosa y teológica, era el tema del diálogo ecuménico con la «Iglesia» Evangélica Alemana y las demás confesiones cristianas. Desde un principio la jerarquía alemana y el Vaticano señalaron que el Papa tenía verdadero interés en poder aprovechar el viaje para un diálogo personal con los representantes de las confesiones cristianas no católicas. Pero este deseo sincero de diálogo se vio turbado por interpretaciones sectarias. A raíz de una síntesis de la historia de la Iglesia alemana publicada por encargo de la secretaría de la Conferencia Episcopal y como preparación para la visita del Papa, se levantó una encendida polémica que volvió a resucitar los agravios de la historia⁴. Remigius Bäumer, el autor del artículo incriminado, se vio en el centro de una agria discusión. Por un lado algunos sectores protestantes le acusaron de haber actuado injuriosamente, extendiendo la acusación hasta la misma Conferencia Episcopal. Por otro lado algunos grupos católicos, movidos por un ecumenismo confuso y un excesivo sentido de culpabilidad, no dudaron en desacreditar gravemente la persona y la integridad científica de Bäumer. El fuego, fomentado por algunos interesados, se extendió y transformó una cuestión histórica en una cuestión de principio. Algunos representantes de las confesiones cristianas anunciaron su ausencia en los encuentros previstos con el Santo Padre.

4. La ocasión fue, como decimos, un libro publicado por Iserloh, Kötting, Schwai-ger, Hegel, Volk y Bäumer, que incluía un capítulo sobre la época de la separación confesional que no dejaba muy bien a Martín Lutero. Cfr. *Kleine deutsche Kirchengeschichte* (Frib. i.B. 1980) pp. 53-79. Más tarde Remigius Bäumer ha demostrado, con datos muy concretos y específicos y una amplia bibliografía, que los ataques dirigidos contra él carecían de fundamento. Cfr. *Theologisches*, 1981, n.º 130, 3988-3996; n.º 131, 4007-4012; n.º 132, 4058-5062.



Pero todos estos presagios negativos fueron desbaratados por una sencilla, y profunda realidad: el entusiasmo popular por la presencia de Juan Pablo II. Un entusiasmo que era también la manifestación de la necesidad que el hombre de la sociedad moderna tiene de lo sobrenatural, de lo trascendente, de lo salvífico: de Cristo en definitiva. El número de asistentes fue creciendo en cada una de las etapas: un millón en Colonia, millón y medio en Munich, a pesar de que la primera decena del mes de noviembre fue extraordinariamente fría y el viaje del Papa por Alemania comenzó con mucha lluvia. El mismo Juan Pablo II, con su habitual espontaneidad y buen humor, comentó repetidas veces: «Debéis perdonarle al Papa que no haya traído mejor tiempo», añadiendo en las conversaciones con los periodistas: «Me han impresionado mucho los millares de personas esperando horas y horas, hasta que llegaba el Papa a un sitio, bajo la lluvia y pasando frío».

En efecto, en Alemania las multitudes no han sido quizás imponentes por su número pero sí por su devoción. Casi dos millones fueron, sin embargo, los fieles presentes en conjunto en los encuentros con el Papa desde Colonia a Munich. Los que han visto y saludado cariñosamente al Romano Pontífice a su paso por las calles repletas de gente, no pueden ser calculados; así como tampoco los muchos millones que han seguido la visita a través de las más de 30 horas de programa «papal», que la televisión ha dedicado a este acontecimiento.

Es difícil trazar sintéticamente la panorámica de las opiniones antes y después de la visita. En general se puede afirmar que la expectación a priori, se convirtió en satisfacción a posteriori. El resultado total de la visita es altamente positivo; y puede ser considerado de trascendental importancia por lo mucho que dio que pensar a quienes con buena voluntad siguieron con atención las profundas enseñanzas del Papa.

Pero, más allá del aspecto pastoral, interesa valorar el «contenido» de lo que el Papa dijo. Se trata, en efecto, de glosar unas reflexiones cuya significación proviene no sólo de la autoridad de quién las hizo, sino del contexto cultural, la naturaleza de los destinatarios y la gravedad de los temas tratados.

2. *El esquema del viaje*

El programa oficial, retocado y ampliado repetidas veces hasta el último momento, preveía el mayor número de encuentros con la máxima variedad posible de personas a lo largo de las diferentes etapas.

La visita a Colonia estaba dedicada a dos encuentros principales, uno en un antiguo aeropuerto, donde el Santo Padre celebró la Santa Misa pronunciando una homilía sobre la Familia⁵, y el otro, por la tarde,

5. Para la traducción castellana de los textos hemos utilizado la versión ofrecida por la Revista *Palabra* en el fascículo de noviembre del año 1980: citaremos los do-



en la Catedral con representantes de la ciencia y de la universidad. Precisamente en esta ocasión Juan Pablo II visitó la iglesia de San Andrés, donde está enterrado San Alberto Magno, cuyo octavo centenario, que se celebraba aquel mismo día, el quince de noviembre, había sido el motivo oficial del viaje pastoral del Papa.

Para completar este primer encuentro, en el que el Papa se refirió a unos temas medulares (familia, ciencia y fe), y como para subrayar que la Iglesia no se ciñe a ninguna escuela determinada de pensamiento, el Santo Padre se dirigió a las antiguas iglesias de los franciscanos menores, donde rezó ante las tumbas de Duns Escoto y Adolf Kolping. Este primer día de su visita terminó con un encuentro en Brühl con los más destacados representantes de la política alemana y el cuerpo diplomático. Allí Juan Pablo II tuvo la posibilidad de entrevistarse brevemente con el Canciller de la República Federal, Schmidt. Las especulaciones sobre los temas tratados en esta conversación, que duró más de lo previsto, han sido muchas. Es muy probable que el Santo Padre aludiera a los problemas conflictivos entre la Iglesia y el Estado en la República Federal, que ya habían sido motivo de polémicas, porque la jerarquía alemana antes de las elecciones políticas había denunciado valientemente en una carta pastoral, el aborto, la liberalización cada vez mayor y más inconsecuente del divorcio, y el desorbitado papel socializante del Estado. El Canciller había amenazado con tomar represalias por lo que, según él, era una indebida intromisión de los obispos en la vida política. En cualquier caso, el Papa se mostró perfectísimamente informado de los problemas alemanes de todo tipo —como se ha puesto de manifiesto en todos los discursos— y se mantuvo en estrecha unión con los obispos para justificar y subrayar la necesidad de que la jerarquía predique la verdad y censure los crímenes, aunque tenga que tratar a veces cuestiones muy concretas y condenar las decisiones gubernamentales cuando estén en evidente desacuerdo con la moral y con la doctrina social de la Iglesia.

El domingo siguiente, día 16, fue una jornada muy intensa para el Papa. El Santo Padre se trasladó en la noche del sábado desde Brühl a la Colegiata de Bonn y allí, en la plaza principal de la ciudad, charló con la población y les dirigió unas breves palabras. Luego, en la Nunciatura, un número grande de estudiantes quisieron manifestarle su cariño y regalarle un microbús para un seminario de Polonia, adquirido con una colecta organizada por ellos mismos. Al día siguiente, a las ocho y media, Juan Pablo II aterrizaba en Osnabrück, su etapa más alejada en el Norte de Alemania, a unos 300 kilómetros de Bonn. El tema de la homilía estuvo dedicado a la Diáspora, es decir, a los católicos que viven en zonas

cumentos con la sigla DP seguida por el número que tiene la edición. Las homilías, discursos y alocuciones no publicados por *Palabra* han sido recogidos de *L'Osservatore Romano* ed. castellana, de éstos daremos la fecha y el número del párrafo, añadiendo la página del diario vaticano.



de inmensa mayoría protestante; por eso acudieron también, como invitados especiales, todos los obispos de los países escandinavos y el arzobispo de Berlín. Otros encuentros tuvieron lugar con los inválidos, con quienes el Papa rezó el Angelus, y con los dirigentes de las organizaciones católicas.

De Osnabrück el Papa se trasladó a más de 400 kilómetros hacia el Sur, a la ciudad de Maguncia. Aquí celebró de nuevo la Santa Misa; los asistentes fueron esta vez principalmente obreros, funcionarios y sindicalistas, con quienes charló al final del Santo Sacrificio. La homilía trató, precisamente por esto, el tema del trabajo y las cuestiones sociales, adelantando lo que el Papa añadió al día siguiente en el encuentro con emigrantes y obreros extranjeros en la plaza de la Catedral de Maguncia. Particularmente emotivo fue para el Papa el cariño silencioso que le mostraron los polacos, venidos de toda Europa, y con quienes se reunió en la misma plaza.

El lunes por la mañana tuvieron lugar varios encuentros que ya hemos mencionado: las reuniones con los representantes de la «Unión de iglesias evangélicas» (EKD) y del «Círculo de Confesiones cristianas» (ACK). Estos encuentros comenzaron a las 8 de la mañana, y fueron seguidos por una audiencia con los diferentes grupos extranjeros, a quienes el Papa se dirigió primero en alemán y luego en italiano, castellano y croata.

La estancia en Fulda, a donde el Papa llegó el mismo lunes a las tres de la tarde, marcó, si se puede decir así, una nueva etapa. Hasta entonces, incluso en la homilía de Osnabrück, el Papa se había dirigido a todos los cristianos y en general a todos los hombres de buena voluntad de Alemania. En cambio, en Fulda, como al día siguiente en Altötting, los temas fueron mucho más específicos, porque el Papa quiso dirigirse a los católicos. En Fulda el Papa habló sobre todo de la responsabilidad de los sacerdotes, de los obispos y de los laicos en la Iglesia: el lunes por la tarde, en la Santa Misa, se dirigió a los sacerdotes; luego, en la reunión de la Conferencia Episcopal, a los obispos, y, al día siguiente, el martes por la mañana, a los laicos que trabajan en organismos o actividades de la Iglesia, y por último al Comité ejecutivo de los católicos alemanes.

La estancia del Papa en Fulda cobró una emoción y un cariz especial por el hecho de que en aquella ciudad se conserva la tumba del Apóstol de Alemania, San Bonifacio, como se puso de relieve en la Santa Misa para los laicos de asociaciones católicas. El Santo Padre, en lo que fue tal vez el punto culminante de su visita a Alemania, regaló a la Iglesia alemana un relicario con reliquias de San Maximiliano Kolbe y pasó un largo rato en oración ante la tumba del primer obispo de Alemania. El ciclo de temas específicamente católicos, se cerró aquella misma tarde del martes en Altötting, con la Misa que el Santo Padre celebró para los representantes de órdenes religiosas e institutos seculares, después de un nuevo largo viaje en helicóptero que bordeó la frontera con la zona soviética de Alemania. No se trata de un particular sin importancia, pues indudablemente la visita a Fulda era de hecho un encuentro espiritual con los ca-



tólicos de la parte oriental de Alemania, ya que la diócesis de Fulda se extiende sobre todo al otro lado de la línea de demarcación, en la actual administración apostólica de Erfurt, y la mayoría de los católicos alemanes, o mejor dicho la zona más católica de Alemania oriental es Turingia, que comienza a veinte kilómetros de Fulda.

En la última parte del viaje, y sobre todo en Munich, se pudo observar cómo el Papa iba cerrando el «círculo» de sus pensamientos. Así, por ejemplo, el último encuentro del martes en Altötting con los profesores de las facultades de Teología católica y los teólogos hay que entenderlo a la luz de la alocución a los científicos en Colonia. La homilía de la Santa Misa con los jóvenes, en la mañana del miércoles en Munich, debe ser asimismo analizada comparándola con muchos de los puntos expuestos a los sacerdotes y religiosos, ya que el tema central fue el de la vocación, aunque el Papa volviera también sobre puntos ya tratados en Colonia y en Maguncia. Aunque los jóvenes designados como representantes de la juventud reunida en Munich no fueron un índice del verdadero sentir de la juventud católica alemana, y aunque la prensa acentuase desmesuradamente las preguntas expuestas por la delegada de la «Confederación Alemana de Jóvenes Católicos» (BDKJ), no cabe duda que las cuestiones por ella presentadas sobre sexualidad, el celibato eclesástico y el diálogo ecuménico ya habían encontrado respuesta amplísima a lo largo de todas las alocuciones tenidas por el Papa hasta ese momento. En este sentido cabe pensar que quienes hicieron o redactaron algunas de las preguntas dirigidas al Papa a lo largo de su reunión con los jóvenes, o no habían atendido a lo que el Romano Pontífice había expuesto con anterioridad o no querían dejarse convencer de ningún modo⁶. Esta postura preconcebida, por la que, como el mismo Papa comentó con los periodistas en el vuelo de regreso, sólo se puede tener la comprensión que exige la caridad, no era y no es, en modo alguno, la actitud de la juventud alemana. Los jóvenes de Alemania, aún los no católicos y no religiosos, supieron ver en cambio en Juan Pablo II a un hombre animado por un profundo aliento espiritual, por un gran deseo de autenticidad, por una ambiciosa audacia renovadora y, en muchos casos, vieron en él al Vicario de Cristo, al sucesor de Pedro, que los fortaleció en la fe y suscitó profundos deseos de renovación espiritual.

El pueblo alemán no quedó indiferente frente a estas cualidades espirituales. Lo demuestra la magnífica pieza retórica, de extraordinario valor literario, con la que saludó al Papa el Prof. August Everding en su encuentro con los artistas y publicistas en la sala de recepciones del antiguo palacio de los reyes bávaros en Munich⁷.

6. En efecto, Bárbara Engl, delegada de la BDKJ, insistió en la incomunicación de los jóvenes hacia una Iglesia que «reacciona con prohibiciones frente a los problemas relativos a la amistad, a la sexualidad y a la comparticipación», al mismo tiempo que abogó por la abolición del celibato sacerdotal y una mayor participación de la mujer en el gobierno de la Iglesia (cfr. *L'Osserv. Rom.* de 20-XI-1980, p. 4).

7. *L'Osserv. Rom.* de 21-XI-1980, p. 5. El director de la Opera de Munich, confesando la crisis de desconfianza de los intelectuales y el cansancio moral que a veces los atenaza, terminó recordando que el Papa «lanza puentes hacia una orilla

Como decíamos, Juan Pablo II, en los últimos discursos volvió a conectar con sus alocuciones anteriores. Por esto las palabras del Papa a los artistas entroncan, una vez más, con los argumentos expuestos en Colonia ante los científicos.

La estancia en Munich concluyó con un emocionado encuentro del Papa con los ancianos reunidos en la Catedral. Precisamente esta alocución puede designarse quizás como la más humana y bella, incluso literariamente, de las 28 tenidas por el Papa en estos cinco días de estancia en Alemania. Digno broche de un viaje tan intenso y tan profundo. El Papa, en aquella despedida del 19 de noviembre en Munich, al reunir los resultados de su viaje, lanzaba la mirada hacia el futuro e invitaba a los alemanes a tener fe en su historia y a trabajar llenos de esperanza: «ustedes, hijos e hijas de una nación tan digna de consideración, herederos de una tan magnífica cultura, sucesores de tan grandes personalidades de la historia de Europa y del mundo, se van transformando cada vez más en *precursores de aquella civilización del amor* que es la única que puede hacer que nuestro mundo sea un mundo digno del hombre»⁸.

3. *La vocación de las familias cristianas*

El Santo Padre mismo, ya en su primera homilía en Colonia, indicó la perspectiva, la dimensión, como él la designó, desde la que deberían contemplarse sus enseñanzas: la Verdad del Reino de Dios. La Iglesia, en la visión de Juan Pablo II, está proyectada en una tarea apostólica que es la prolongación de la misión de Cristo, Señor del Cosmos y de la Historia y Redentor del hombre. Hace falta, por tanto, que todo fiel se identifique con esta llamada de Cristo a encontrar la Verdad del Reino de Dios. Sólo así se podrán superar los elementos contingentes y las circunstancias transitorias y apuntar a la regla fundamental de actuación: el nuestro es «el tiempo del Reino de Dios»⁹.

La verdad de este Reino presupone otra realidad, a la que Juan Pablo II se refirió en repetidas ocasiones, y que constituye la premisa de todas las conclusiones que deben sacar los cristianos que están llamados a vivir su vocación en un mundo a veces adverso. Esta premisa, esta realidad

en la cual no todos creemos. Nuestra fe y nuestra duda, vuestro consuelo y vuestra amonestación dejan vislumbrar un diálogo lleno de dramatismo del cual Vos hoy ofrecéis la clave, y de ésto os damos las gracias». Antes había dicho, con tono esperanzado: «Nos hemos llenado de esperanza porque habéis bajado la silla gestatoria al suelo, a nuestra tierra: los hombres del espectáculo y de la prensa sabemos bien que un ejemplo puede convertirse en modelo».

8. Discurso en Munich (19-XI-80), n. 4; *L'Oss. Rom.*, ed. cast., p. (841).

9. DP, 296, n. 1: «Nosotros, que ahora formamos la Iglesia de Cristo sobre la tierra, en este trozo de la tierra alemana, deberíamos encontrarnos en la dimensión de la verdad del Reino de Dios: Cristo ha venido para revelar este Reino y para introducirlo en la tierra, en cada lugar de la tierra, en los hombres y entre los hombres».



primaria y fundamental, es que el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios, del Dios creador, Uno y Trino, como el Papa repitió varias veces a lo largo del viaje. La dignidad, humana y sobrenatural, del hombre constituye, por tanto, el marco general de las enseñanzas papales. Enseñanzas que tienen una fuerte tensión activa: no se trata de resignarse frente a la situación del mundo, sino de pedir y hacer que venga a nosotros el Reino¹⁰. La instauración por parte de los cristianos del Reino de Dios se articula en distintos sectores: la iglesia doméstica, es decir la familia, la cultura, la teología, las tareas eclesiales y el mundo del trabajo.

El Papa empezó tratando precisamente el tema de la familia, que une la noción de vocación cristiana personal al Reino con su dimensión social. El Papa, al recordar que la familia es *Ecclesiola* quiso conectar con las conclusiones del reciente Sínodo de los Obispos¹¹ y citó dos parábolas del Señor, que adquirieron en el ambiente de Colonia y de Munich una gran fuerza evocadora. «El Reino de Dios es semejante a una red lanzada en el mar» (Mt 13, 47), comenzó diciendo el Papa en Colonia. Esta red barredera, divina, hace que los hombres, por la acción de Cristo, sean trasladados a otro mundo, a otra dimensión de su existencia: al reino de la justicia, del amor y de la paz. Esta red es la Iglesia, y la familia es una pequeña iglesia, una casa de Dios, en donde deben fomentarse las virtudes características de los hijos de Dios, para contribuir a la justicia, al amor y a la paz en este mundo, que es bueno por ser una creación de Dios, pero que el pecado ha corrompido¹². A las mismas conclusiones, desde una perspectiva complementaria, llegaba el Papa en la homilía a los jóvenes en Munich. En esta segunda circunstancia Juan Pablo II consideró que el Reino de Dios es comparado en el Evangelio con una «mies» y una «cosecha»¹³. Esto nos lleva a ponderar la exigencia de

10. *Ibid.*, n. 1: «A menudo parece como si la única y exclusiva dimensión de nuestra existencia fuera 'este mundo', 'el reino de este mundo' con su figura visible, con su sofocante progreso en ciencia y técnica, en cultura y economía... sofocante y no pocas veces exasperante. Sin embargo, cuando cada día o al menos de vez en cuando nos hincamos de rodillas para rezar, siempre repetimos, en medio de esa atmósfera en que vivimos, las mismas palabras: Venga a nosotros tu reino».

11. *Mensaje del Sínodo de los Obispos*, nn. 8 y 13; en *Ecclesia*, n.º 2004 (1980) 1353 s.

12. DP, 296, n. 1 y 3: «Queridos hermanos y hermanas: Estas horas en las que aquí se desarrolla nuestro encuentro, este tiempo que yo puedo pasar entre vosotros, gracias a vuestra invitación y hospitalidad, es el tiempo del Reino de Dios: del reino que ya 'está aquí' y a la vez de ese reino que todavía 'viene'. Pienso en estos momentos en la espaciosa red de toda la Iglesia universal. Ante mis ojos está al mismo tiempo cada una de las Iglesias de vuestro país, especialmente la gran Iglesia en Colonia y los obispos circundantes. Ante mis ojos tengo, finalmente, la más pequeña de las Iglesias, la 'ecclesiola', la iglesia doméstica, a la que el reciente Sínodo de los Obispos en Roma ha prestado tan profunda atención en el tema sobre la 'Misión de la familia cristiana'».

13. DP, 305, n. 1: «Cristo al hablar del Reino de Dios utiliza frecuentemente imágenes y parábolas. Con la imagen del grano, que va madurando hasta el momento de la cosecha, se refiere Jesús a la madurez y el crecimiento internos del hombre... la madurez humana es algo diferente del proceso de maduración en la naturaleza. En el hombre no se trata sólo de esfuerzos corporales e inmateriales. Del proceso de maduración humano forma parte esencial la dimensión espiritual y religiosa de su ser».



la madurez y del crecimiento internos del hombre, madurez y crecimiento que se oponen a la huída de Dios, a su rechazo, y evitan el refugiarse en utopías revolucionarias, mientras nos mueven, en cambio, a responder de modo afirmativo a la llamada a la santidad y, en particular, a su dimensión social¹⁴.

La moral familiar se sitúa de este modo en una perspectiva vocacional: la llamada a la santidad de cada hombre determina el modo específico de actuación tanto en el ámbito conyugal como en las relaciones entre padres e hijos, las dos dimensiones básicas de la comunidad familiar¹⁵. Alrededor de este núcleo —la conciencia vocacional— se colocan los demás temas relativos a la familia: paternidad responsable, educación, tarea social.

En este sentido, las enseñanzas que Juan Pablo II subrayó en Alemania hacían eco a la doctrina tradicional de la Iglesia sobre la familia: la familia es la célula renovadora de la sociedad, tanto en la línea de la creación como de la redención. Por eso, entre otras cosas, es una obligación fundamental del estado y de la sociedad, con independencia de su orientación religiosa, ayudar con todas las fuerzas a la familia para que pueda llevar a cabo su misión. Además, Cristo ha dado a la familia, cuando los miembros de la misma aceptan la palabra de Dios, la fuerza de los sacramentos, de esos signos eficaces de la gracia, imprescindibles para que un cristiano pueda vivir según su fe, con la esperanza de llenar el mundo de amor. El amor humano presente en la familia, como algo que corresponde a una decisión personal de la voluntad, no puede poseer un carácter temporal, no puede ser un amor a prueba, sino que es una entrega que exige fidelidad, un compromiso dirigido al futuro¹⁶. Sólo así el amor humano

14. DP, 305, n. 4 y 5: «De este modo acompañará Cristo el proceso de madurez del hombre en su faceta humana... le 'diviniza' interiormente para que pueda ser 'hombre' en sentido pleno, para que el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, consiga su madurez en Dios... ¿Qué quiere decir esto? Esto puede significar, queridos jóvenes, que vosotros sois llamados, llamados por Dios... Llamada a ser obreros en la mies del ser humano propio, a ser obreros en la viña del Señor, en la cosecha mesiánica de la humanidad». Para dar el justo relieve a las enseñanzas pontificias se debe tener presente la situación de la familia en Alemania. Mientras se habla de la legalización de las uniones entre homosexuales, el número de matrimonios legales es cada vez menor, así como se mantiene muy bajo el índice de natalidad.

15. DP, 305, n. 5: «El matrimonio es, en la perspectiva de nuestra fe, un sacramento de Jesucristo. El amor y la fidelidad matrimonial son protegidos y encauzados por el amor y la fidelidad de Dios en Jesucristo. La fuerza de su cruz y su resurrección guía y santifica el matrimonio cristiano. Como ha puesto de relieve el reciente Sínodo de los Obispos en su mensaje a las familias cristianas en el mundo contemporáneo, la familia cristiana está llamada de un modo singular a colaborar en el plan salvífico de Dios ayudando a sus miembros 'a ser, a su vez, agentes de la historia de la salvación y signos vivos del plan amoroso de Dios sobre el mundo' (n. 8; cfr. *Ecclesia* n.º 2004 (1980) 1353)».

16. DP, 296, n. 5s: «El matrimonio y la familia están profundamente vinculados a la dignidad personal del hombre»... «No se puede vivir solamente de prueba; no se puede morir solamente de prueba. No se puede amar sólo de prueba, aceptar a una persona sólo de prueba y por un tiempo determinado. Así, pues, el matrimonio está orientado hacia la permanencia, hacia el futuro. Mira siempre hacia adelante».



puede ser verdaderamente fructífero; y sólo así el amor conyugal será fiel reflejo del amor divino, siendo ya por naturaleza y por voluntad divina llamado a la fertilidad de la procreación y de la educación de los hijos¹⁷. Esta es la verdadera responsabilidad de los padres, es decir la de que su amor sea participación del amor creador de Dios, de modo que puedan decidirse a aceptar los hijos responsablemente, tomando sus decisiones atendiendo sobre todo a lo que quiere Dios.

Grandes son las dificultades que la sociedad moderna opone a estos fines del matrimonio. El Santo Padre con valentía señaló cuáles son los errores morales a los que las familias cristianas deben oponerse de forma decidida. En Fulda, en la homilía a las asociaciones católicas, recordó de nuevo las obligaciones de los cristianos frente a un ambiente adverso a la verdad. Sus palabras pueden considerarse como un programa para que los católicos en Alemania no sólo resistan a la secularización, sino que se esfuercen por realizar el Reino de Dios: «Si el derecho a la vida, si los principios éticos de toda cultura verdaderamente humana están amenazados, defended *vosotros* el derecho y la dignidad del hombre. Si en la formación y en la educación el hombre no logra formar sobre sí más que una imagen del hombre funcionalística o vacía de sentido, trabajad *vosotros* por una educación que parta del hombre como imagen de Dios. Si el consumo y el placer de una parte y la angustia ante los límites del crecimiento de otra impregnan los sentimientos de la sociedad, desarrollad *vosotros* un nuevo estilo de vida y unas condiciones humanas de vida que den testimonio de la esperanza que Cristo nos da... trabajad *vosotros* por el derecho y la felicidad de todos, sed *vosotros* paladines de un orden social, de una libertad, justicia y paz, que abracen al mundo entero»¹⁸.

En Osnabrück también indicó a los católicos que viven en la diáspora, fuera de sus países de origen como refugiados, cómo su situación podía servir a Dios, por medio del ejemplo que ellos debían dar.

El Santo Padre, uniendo en su homilía el texto de la oración sacerdotal de Cristo con la exhortación de 1 Petr 1, 6-7, enseñaba que la situación de esos fieles aislados, en la «diáspora», en la «dispersión», para utilizar sus mismas palabras, lejos de ser una causa de alejamiento de la verdad y de cesiones en la fe, podía y debía ser la circunstancia para una generosa respuesta apostólica¹⁹. Debían, por tanto, los católicos que viven

17. *Ibid.*, n. 6: «(El matrimonio) es el único lugar adecuado para la procreación y educación de los hijos. El amor cristiano está, por tanto, orientado esencialmente también a la fecundidad. En esta tarea de transmitir la vida humana, los esposos son colaboradores del amor de Dios creador».

18. *L'Oss. Rom.*, ed. cast. (832); homilía de 18-XI-80, n. 7.

19. Homilía del 16-XI-80; *L'Oss. Rom.*, ed. cast. (811); n. 3. Cfr. también el n. 5, donde el Papa animaba a los fieles en la 'diáspora' a vivir la fe como católicos agradecidos, a dar un testimonio fidedigno de los valores de su fe y a animar discreta y amorosamente a los creyentes de otras confesiones a ser más profundos y fuertes en su fe y vida religiosa.

lejos de su país de origen decidirse conscientemente a querer ser cristianos declarados y tener el valor, si fuera necesario, de diferenciarse del ambiente. El presupuesto para dar un decisivo testimonio de vida cristiana es observar y tomar la fe como una preciosa posibilidad de vida que es superior a los modos de vivir y a la praxis vital del ambiente circundante. El Papa señaló tanto a los sacerdotes como a los obispos que su tarea pastoral incluía también esta obligación: la de velar para que se asegure jurídicamente la protección de las convicciones morales fundamentales²⁰. En definitiva toda situación humana tiene un sentido «vocacional», es una llamada a la santidad, o, con otra expresión de Juan Pablo II, es tarea, *chance* y desafío al mismo tiempo²¹.

En este contexto de respuesta apostólica a las exigencias de la hora presente, Juan Pablo II quiso hablar también del grave problema educativo. En efecto, en el campo de la educación, Alemania se encuentra en el centro de una dura lucha ideológica. Se pretende asentar la educación sobre el principio de que es necesario preparar a los jóvenes para moverse con soltura en una sociedad altamente competitiva, y esto hace que la educación tienda a proporcionar sólo los medios para desenvolverse en la sociedad. Este deseo, que en sí no sería malo, en la práctica resulta mal orientado por dos premisas intelectuales. En primer lugar porque se evita el recurso a unos valores éticos en base a los cuales orientar la conducta social e individual, en segundo lugar por un afán de «asepsia» ideológica en la educación: la educación, se dice, debe «informar» pero, de ninguna manera, «mentalizar» o «formar». El núcleo, por tanto, de las dificultades en el campo de la educación reside en la carencia de una visión clara de los objetivos que se deben perseguir. El modelo de escuela propuesto para el futuro es, en este sentido, puramente pragmático: tiende a solucionar los problemas en la medida en que se hagan acuciantes y siempre según un esquema político que nada tiene que ver con el interés real de los padres²².

20. Se trata de la trascendental alocución a la Conferencia Episcopal Alemana (17-XI-80; n. 9). Cfr. DP, 302.

21. Osnabrück, homilía del 16-XI-80, n. 3. Dos veces el Papa repitió la idea. Al comentar 1 Petr 1, 6-7, exclamó: «la prueba (*Bewährung*) de vuestra fe, esta es vuestra oportunidad (*chance*)!» Y, más adelante, concluyó que «tarea y oportunidad (*chance*) de la situación de diáspora es, pues, experimentar más conscientemente cómo la fe ayuda a vivir más plena y profundamente».

22. Aparte de la organización técnica y la mayor o menor eficiencia del sistema educativo adoptado por los estados de Alemania, la realidad es que todo depende de la tendencia ideológica del gobierno local, ya que la educación es competencia de cada estado; los padres pueden decidir muy poco o por lo menos ven muy obstaculizada la posibilidad de elegir el tipo de enseñanza que quieren dar a sus hijos. Además la última reforma educativa, según se prevé, aumentará las ya notables dificultades de los colegios privados.



4. Familia y educación cristiana

Las enseñanzas del Santo Padre, aun sin aludir a soluciones concretas —cosa perfectamente comprensible—, fueron y pueden seguir siendo una gran orientación para las familias cristianas.

Queremos recordar, en primer lugar, que el Santo Padre, dirigiéndose al Presidente de la República y a las demás autoridades, señaló, en Brühl el marco general de la educación cristiana²³. Una verdadera renovación moral de la sociedad puede venir sólo de una visión correcta del hombre, de su dignidad, de sus derechos fundamentales imprescindibles. Esto quiere decir volver a la visión del hombre *en Cristo*. Así se podrá construir un presente para un futuro mejor. En el marco general de una educación rectamente humana se inserta, además, lo específico de una educación en la fe. Ya se dijo cómo el Santo Padre recordó a los padres que habían de ser los primeros educadores en la fe de sus hijos²⁴. Sus palabras se hicieron particularmente emocionadas cuando habló a los polacos que viven en Alemania, al indicarles el deber de transmitir a sus hijos la fe tradicional junto con la formación humana²⁵. El sentido de la fidelidad a los valores auténticos, mantenidos en las tradiciones familiares, es también, según Juan Pablo II, el modo oportuno para superar los conflictos entre generaciones. El Santo Padre en Munich llamó la atención de los jóvenes sobre este peligro, al decir: «Dad gracias si tenéis unos buenos padres que os animan y os muestran el recto camino», aunque lamentó al mismo tiempo que muchos jóvenes tengan que buscar la fe sin la ayuda de sus padres o incluso contra ellos. A esto mismo se referían muchas de las insinuaciones hechas en Maguncia a las familias de los emigrantes. El Papa recalcó la necesidad de conservar aquellas tradiciones

23. En Alemania no son raras las voces, en ciertos sectores políticos, que afirman que el Estado es el verdadero responsable de la educación y que es el Estado en cuanto tal, que, si lo considera oportuno, delega en los padres. Es obvio señalar que estas opiniones invierten totalmente el principio de subsidiariedad. El Papa, sin entrar en polémica con esta visión estatalista de la educación, en el discurso del 15-XI-81, pronunciado en el castillo de Brühl (*L'Oss. Rom.*, ed. cast. (812) y (816), nn. 4 y 6) dijo que la «integridad del hombre incluye los valores materiales y también los espirituales y morales... Por ello sería una equivocación muy deplorable y de consecuencias catastróficas que la sociedad moderna confunda el legítimo pluralismo con la neutralidad de valores»; y tras recordar el lamentable fracaso que en los últimos decenios han experimentado las grandes ideologías y mesianismos aparentemente tan llenos de promesas, afirmó que la Iglesia quiere recordar con toda energía que es preciso volver de nuevo al hombre, a su verdadera dignidad y a sus inalienables derechos fundamentales, en una palabra, al *hombre en Cristo*, si se quiere preparar un futuro mejor.

24. DP, 296, n. 7: «El matrimonio y la familia, constituidos por el sacramento en una 'iglesia en pequeño' o iglesia doméstica, tienen que ser una escuela de fe y un lugar de oración común... Aquí se encuentra el primer espacio del apostolado laico-cristiano y del sacerdocio común de todos los bautizados».

25. Discurso en Maguncia, 16-XI-80; *L'Oss. Rom.*, ed. cast. (815) y (820): «El valor del hombre lo determina lo que el hombre es, no lo que él tiene. Y si el hombre está dispuesto a perder su dignidad, su fe, la conciencia nacional, solamente para tener más, tal actitud no puede conducir a otra cosa que al desprecio de sí mismo».

nacionales que son familiares y sirven a los jóvenes para mantenerse arraigados en una cultura auténticamente cristiana, ya que a veces, cuando se busca una adaptación total a las costumbres del nuevo país donde se vive, los hijos terminan por encontrarse totalmente desorientados, porque han perdido las costumbres del país de origen, y no saben llenar el vacío con otros elementos cristianos²⁶. En definitiva, el hilo conductor de todo lo que el Papa dijo sobre la familia se puede reconducir a una idea: la familia cristiana está llamada a ser el núcleo inicial del Reino de Dios.

5. *La fe y las ciencias*

Como se ha dicho, uno de los objetivos del Papa en su viaje a Alemania era rendir homenaje a San Alberto Magno y a Duns Escoto en el centenario del fallecimiento (15-XI-1279) del gran *Doctor universalis*. Pero precisamente esta circunstancia se prestaba como ninguna otra al examen de las relaciones entre la fe y las ciencias humanas. Juan Pablo II abordó este tema desde diversos puntos de vista, centrados sin embargo en uno fundamental: la exigencia del hombre de conocer *la verdad*, es decir de no limitarse a la funcionalidad del saber, sino de llegar a descubrir *el significado* de sus conocimientos²⁷.

El Romano Pontífice empezó recordando el sentido de toda la actividad intelectual de San Alberto Magno: edificar una *intelectualidad cristiana*. Entre fe y razón, recordó el Papa, no puede haber ningún conflicto, puesto que tienen el mismo origen y el mismo fin, que es la Verdad, y pertenecen a dos órdenes distintos de conocimiento que no se sobreponen o solapan mutuamente²⁸. Resulta, por tanto, que la unidad de la verdad, en definitiva de Dios como Verdad, sólo se puede mostrar en la diversidad de las ciencias. Se impone, por esto, la exigencia de una articulación de los conocimientos parciales y de una *síntesis*²⁹. Existe la necesidad de

26. Maguncia, discurso del 17-XI-80; *L'Oss. Rom.*, ed. cast. (820). El Papa, dirigiéndose a los trabajadores italianos, españoles, croatas y eslovenos, repitió varias veces este idea.

27. Prácticamente casi todo el pensamiento del Papa sobre este punto está contenido en el discurso pronunciado en la Catedral de Colonia el 15-XI-80, dirigido a profesores y estudiantes universitarios; cfr. DP, 297. La tesis central es que si es cierto que nuestra cultura se apoya en la ciencia, es cierto también que la ciencia por sí sola no puede dar respuesta al problema del significado de las cosas; esto no entra en el ámbito del proceso científico.

28. DP, 297, n. 2: «Ningún conflicto serio puede existir entre una razón, que por su propia naturaleza, de origen divino, está ordenada a la verdad y capacitada para reconocer la verdad, y la fe, la cual tiene el mismo origen, es decir, Dios, fuente de toda verdad».

29. DP, 297, n. 5: «Una solución segura a las apremiantes preguntas por el sentido de la existencia humana, por la importancia de la acción y por las perspectivas de una esperanza en crecimiento es solamente posible en la unión renovada del pensamiento científico con la fuerza de la fe, que impulsa al hombre hacia la verdad. La lucha por un nuevo humanismo sobre el que puede fundamentarse el desarrollo del tercer milenio, tendrá éxito sólo si en ella el conocimiento científico entra



buscar la verdad, de modo que la libertad de la investigación constituye un derecho humano fundamental, al mismo tiempo que este derecho señala el fin de las ciencias: las ciencias deben ponerse al servicio del hombre y de la verdad, no pueden esclavizarlos³⁰. La misma libertad de que gozan las ciencias en su investigación se opone al mayor peligro que acosa a los científicos actualmente: la posible tiranía que las ideologías pueden ejercer sobre las ciencias «funcionalistas». Las «ideologías», señaló el Papa, surgen para llenar el vacío producido por el desencanto, cuando fracasa el mito del progreso, y pueden utilizar como instrumento una ciencia «funcionalística», es decir de tipo técnico, que prescinde del concepto de verdad³¹. La fe es precisamente la mejor ayuda de la razón para que ésta no se deje esclavizar en una mera praxis³².

El mismo resultado se puede comprobar desde otro punto de vista: las relaciones entre las ciencias y la técnica. Considerar el conocimiento como un «método para el éxito», para obtener resultados útiles, constituye una reducción del fin que le es propio. El éxito de la investigación puede ser un índice para saber que los conocimientos son aceptables, pero lo que no puede hacerse es considerar el progreso técnico como el fin exclusivo de la ciencia, pues los logros alcanzados en ese campo no siempre sirven positivamente al hombre. La técnica tiene que estar al servicio del hombre y de la humanidad, para crear un mundo auténticamente humano. Este mundo sólo será humano, cuando el hombre ayude con entrañas de misericordia a sus hermanos, recordando que son imagen de Dios³³. Es la misericordia, por lo tanto, el verdadero principio de la civilización: estas palabras ya dejaban entrever los pensamientos que Juan Pablo II desarrollaría pocos días más tarde en su segunda encíclica *Dives in misericordia*.

Por último, señaló el Santo Padre que en una época como la nuestra, en la que conceptos o *slogans* como «razón», «libertad» y «progreso» han conducido a una crisis en la ciencia, por no haber podido encontrar ahí

de nuevo en relación viva con la verdad, la cual se revela al hombre como regalo de Dios».

30. *Ibid.*, n. 4.

31. *Ibid.*, n. 5: «En presencia de la crisis nos es necesario recordar que la ciencia no es sólo un servicio para otros fines. El conocimiento de la verdad lleva en sí mismo su propio sentido. Es una realización de carácter humano y personal, un bien humano de alta estima. La pura 'teoría' es incluso un modo de 'praxis' humana y al creyente le espera una 'praxis' suprema, una praxis que le une para siempre con Dios: es la visión, que es, pues, una 'teoría'».

32. *Ibid.*, n. 4: «La fe nos enseña que lo característico del hombre está en ser imagen de Dios. La tradición cristiana añade que el hombre es un ser para sí mismo, no un medio para otro fin cualquiera. La dignidad personal del hombre es, por ello, la instancia por la que ha de juzgarse, fuera de toda aplicación cultural, el conocimiento técnico-científico. Esto tiene una importancia singular cuando el mismo hombre se convierte cada vez más en objeto de investigación, en objeto de técnicas humanas».

33. *Ibid.*, n. 4: «La valoración de la dignidad personal del hombre y de su decisivo significado no es ya solamente posible a través de la fe; en esa valoración interviene también la razón, la cual es capaz de discernir lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo, y de reconocer la libertad como condición fundamental de la existencia humana».

la razón de ser del hombre, la fe es precisamente la gran defensora de la ciencia, como el camino para encontrar la verdad. Con gran pasión y fuerza —y aquí cosecharon las palabras del Papa grandes aplausos— señaló el Santo Padre cómo no hace muchos años se atacaba a la fe como enemiga de la razón y el progreso, mientras que ahora es la Iglesia quien libera a la razón y a la ciencia de las utopías progresistas carentes de un fin, de una búsqueda del progreso por el progreso, ya que éste amenaza destruir al mundo, como van demostrando, por ejemplo, los problemas ecológicos, cada vez más agudos³⁴. De todos modos, hay que volver a buscar la síntesis con optimismo, con el mismo optimismo apasionado y lleno de esperanza de los Magos de Oriente, cuyas reliquias, tradicionalmente, se conservan en la Catedral de Colonia³⁵.

6. *La tarea de la Teología*

Ya al hablar de las relaciones entre la fe y las ciencias humanas, Juan Pablo II reivindicaba para la Teología el estatuto de ciencia, aun admitiendo su limitación, común a toda obra humana³⁶. Si la exigencia de una síntesis es urgente para las ciencias positivas, mucho más lo es para la Teología, en la cual la razón humana se enfrenta directamente con el objeto más elevado y que sólo puede ser captado a través de muchas vías de acceso. En esta difícil tarea, en la cual la Teología debe estar siempre unida al Magisterio, pueden presentarse tensiones y conflictos. Pero, concluía el Papa, siempre se puede tener la esperanza de una solución conciliadora³⁷. Sobre los mismos temas, y con más detenimiento, volvió a hablar en el discurso a los profesores de teología, que tuvo lugar en Altötting, destacando la importancia de la ciencia teológica como una de las tareas más importantes en la vida de la Iglesia. Juan Pablo II aludía en esta segunda ocasión a la valiosa contribución que la gran tradición teológica alemana ha prestado en el pasado y en el presente a la Iglesia universal, de modo especial en la edición y en el estudio de las diversas fuentes de la teología. En particular destacó que la inclusión de la teología en los programas de las universidades estatales ha permitido en Alemania

34. *Ibid.*, n. 5: «Hoy, ante la crisis del sentido de la ciencia, ...es la Iglesia la que entra en batalla: por la razón y la ciencia, a quien ésta ha de considerar con capacidad para la verdad, capacidad que la legítima como acto humano; por la libertad de la ciencia, mediante la cual la ciencia misma adquiere su dignidad como bien humano y personal; por el progreso al servicio de la humanidad, la cual tiene necesidad de la ciencia para asegurar su vida y su dignidad».

35. *Ibid.*, n. 5: «Estos hombres, en los que se concentraba el saber de su tiempo, se convirtieron así en ejemplo de todos los que buscan la verdad. La ciencia alcanzada con la razón encuentra su plenitud en la contemplación de la verdad divina».

36. *Ibid.*, n. 2.

37. *Ibid.*, n. 5: «La Iglesia desea una investigación teológica autónoma, distinta del Magisterio eclesial, pero conscientemente comprometida con él en el servicio común a la verdad de la fe y al Pueblo de Dios».



una beneficiosa colaboración con todas las ciencias de la universidad moderna.

Para que la Teología cumpla la alta misión que está llamada a desempeñar, recordaba el Papa «tres perspectivas que ocupan un lugar especial en su corazón»:

a) La multiplicidad de disciplinas y especializaciones en el saber teológico puede acarrear «el peligro de que se difumine ocasionalmente el sentido y la meta de la Teología». Por eso es oportuno recordar que «la concentración en el Dios Trino, origen y base firme de nuestra vida y de todo el mundo, constituye la tarea más urgente de la Teología actual». La «jerarquía de las verdades» que solicita el Vaticano II (*Unitatis redintegratio*, 11) no significa una reducción del número de las verdades de la fe, sino un orden interno de las mismas³⁸. Cuando el quehacer teológico se centra en la doctrina sobre Dios, la Teología descubre y aclara la dimensión más sublime del hombre como interlocutor de toda acción divina.

b) La segunda perspectiva consiste en recordar que la Teología está basada en la Sagrada Escritura y, en general, en las fuentes. Pues bien, el método teológico y toda interpretación de la Escritura incluye una doble obligación, la de custodiar el incomparable Evangelio de Dios y tener el valor de presentarlo, con toda su pureza, hoy de nuevo al hombre. Al mismo tiempo el teólogo católico no puede tender un puente entre la Escritura y las preocupaciones de nuestro presente sin tener en cuenta la mediación de la Tradición. Por eso ha de realizar el quehacer teológico en diálogo con la Tradición viva de la Iglesia³⁹.

c) El propio método teológico exige que el teólogo deba tener en cuenta su relación con la fe de la Iglesia. La Teología da por supuesta la fe, y no la puede producir. El teólogo «debe ineludiblemente hacer nuevas propuestas dirigidas a la comprensión de la fe, pero éstas no son más que una oferta a toda la Iglesia. Muchas cosas deben ser corregidas y ampliadas en un diálogo fraterno hasta que toda la Iglesia pueda aceptarlas... Por este motivo, de su esencia forman parte la discusión imparcial y objetiva, el diálogo fraterno, la apertura y la disposición de cambio de

38. DP 304, n. 1: «La 'jerarquía en las verdades' solicitada por el Concilio Vaticano II (Decreto sobre el Ecumenismo, núm. 11), no significa una simple reducción de la amplitud de la fe católica a unas pocas verdades básicas, como algunos han pensado. Cuanto más profunda y radicalmente se capta el centro, tanto más claras y convincentes resultan las líneas que enlazan el centro divino con aquellas verdades situadas al margen».

39. *Ibid.*, n. 2: «Permaneced siempre en diálogo con la Tradición viva de la Iglesia. Extraed de ella los tesoros a menudo no descubiertos aún. Haced ver a los hombres de la Iglesia que, obrando así, no os abandonáis a reliquias del pasado, sino que nuestra gran herencia, que se extiende desde los Apóstoles hasta nuestros días, encierra en sí un rico potencial capaz de dar respuesta a los interrogantes actuales... Es quehacer de la teología la renovación profética a partir de estas fuentes, que constituyen, al mismo tiempo, una ruptura y una continuidad».



cara a las propias opiniones»⁴⁰. Al mismo tiempo los fieles tienen el derecho de saber «de qué deben fiarse en asuntos de fe». En este contexto hay que situar la infalibilidad del Magisterio de la Iglesia que, si bien «no ocupa un puesto central, de privilegio, en la jerarquía de las verdades, es en cierto modo la clave de esa certeza con la que se confiesa y se anuncia la fe, y también la clave de la vida y conducta de los creyentes. Si perturbamos o demolemos este fundamento esencial, empiezan, al mismo tiempo, a desmembrarse también las más elementales verdades de nuestra fe»⁴¹.

7. La tarea de los Pastores

Sin ninguna duda, uno de los momentos más importantes del viaje a Alemania del Papa era considerado el encuentro con el pleno de la Conferencia Episcopal en Fulda. Este encuentro era el momento más significativo entre las numerosas circunstancias en que el Santo Padre podía dirigirse a distintos sectores eclesiales: estaba previsto en efecto un encuentro con los sacerdotes y seminaristas, también en Fulda, y otro con los religiosos en Altötting. Si en Puebla el tema central del discurso de Juan Pablo II había sido la predicación de la verdad sobre Cristo, el hombre y la Iglesia, si en Irlanda había sido la defensa de la paz y en Washington la defensa de la integridad doctrinal, en Alemania el eje central lo constituyó la idea de unidad. Al tratar varios temas eclesiológicos, el Papa los desarrolló fundamentalmente señalando la exigencia de mantener una fuerte unión frente a las necesidades pastorales del momento. Esta unidad corresponde a la específica vocación de los Pastores, de los sacerdotes y de los religiosos. En efecto, el tema de la vocación fue el punto de referencia de las palabras del Papa, en perfecta correspondencia con las alocuciones dirigidas a otros grupos cristianos.

Así la vocación a la santidad fue el tema que más sobresalió en la homilía a los religiosos en Altötting⁴², como también en la homilía a los jóvenes en Munich⁴³, y fue el quicio de las consideraciones dirigidas

40. *Ibid.*, n. 3.

41. *Ibid.*, n. 3.

42. DP, 303, n. 3: «¡Mis queridos hermanos y hermanas! Atendiendo al misterio de la vocación personal de cada uno de vosotros, podríamos repetir en cierto modo —guardando las proporciones, por supuesto—: 'Dichosa la que ha creído'. La fe de María ha brillado también en vosotros cuando habéis pronunciado vuestro 'Fiat', vuestro sí a la llamada, al especial seguimiento de Cristo... vosotros habéis pronunciado, en la fe, un Sí para todo y para siempre, que encuentra su expresión en vuestro hábito religioso».

43. DP, 305, n. 5: «Con respecto a vosotros, jóvenes, que constituís la gran esperanza de nuestro futuro, queremos pedir al Señor de la mies que os envíe a cada uno de vosotros y a cada uno de vuestros compañeros como operarios de su 'abundante cosecha' de esta tierra, como conviene a la gran abundancia de vocaciones y dones en su Reino sobre este país».



a los inválidos en Osnabrück⁴⁴ y a los sacerdotes en Fulda⁴⁵. En este último caso el Papa se detuvo sobre todo en la característica de la fidelidad sacerdotal a la Voluntad de Dios, en el marco general de la vocación de los cristianos a extender el Reino de Dios. El Papa insistió en que la misión del sacerdote consiste en el servicio a los fieles, en la unidad con los obispos, en la fidelidad a la doctrina del Evangelio, y en la amistad con Jesucristo. El Romano Pontífice recordó los medios que los sacerdotes tienen para perseverar: el sacramento de la penitencia, la unidad en las acciones litúrgicas, la amistad entre sí y el estudio teológico, orientado según las enseñanzas de la Iglesia.

Los mismos temas, y sobre todo el mismo enfoque, dominaron también en la alocución a los profesores de teología⁴⁶, y en la alocución dirigida a la Conferencia Episcopal⁴⁷. Si se tienen en cuenta, además, las palabras dirigidas a los católicos en la Diáspora, sobre la fuerza de la oración⁴⁸, que no nos deja nunca solos, así como lo que dijo a los matrimonios en Colonia: «No hay un matrimonio a prueba, no se puede vivir a prueba, morir a prueba, y, por tanto, tampoco amar a prueba»⁴⁹, se com-

44. Alocución del 16-XI-80; *L'Oss. Rom.*, ed. cast. (813): «Cada hombre recibe de Dios una vocación personal, su especial tarea salvífica. Esto es también válido para vosotros que, como hombres físicamente impedidos, habéis sido llamados a un modo especial de seguimiento de Cristo, el seguimiento de la cruz».

45. DP, 301, n. 1: «'Apacenta el rebaño de Dios que os ha sido confiado' (1 Pet. 5, 1-2)... Con qué íntima emoción sentimos esta llamada también nosotros, que somos hoy los Pastores de la Iglesia, en el segundo milenio del cristianismo, milenio que se encamina rápidamente hacia su fin. ¡Vosotros, que según el diverso grado de vuestro ministerio, como obispos, presbíteros o diáconos, sois los Pastores de la Iglesia en vuestra patria! ¡Y también vosotros, los que habéis oído la llamada de Cristo y os preparáis para el ministerio pastoral de los tiempos venideros!»

46. DP, 304, prol., n. 2: «La tarea del teólogo al servicio de la doctrina sobre Dios constituye, al mismo tiempo, según la enseñanza de Santo Tomás de Aquino, un acto de amor hacia el hombre (cfr. S. Th., II-II, q. 181, a. 3, c; q. 182, a. 2, c; I, q. 1, a. 7, c). Entonces es cuando esa tarea le hace consciente, del modo más profundo y pleno posible, que él es el Tú de todo el hablar de Dios y de toda acción divina, y le descubre y aclara su propia dimensión definitiva y eterna, que supera todo límite».

47. DP, 302, n. 11: «¡Venerables y queridos hermanos en el servicio episcopal! Vuestra tarea es dura. Para que los Apóstoles, de quienes somos sucesores, pudieran cumplirla, les ha enviado el Señor su Espíritu Santo. Queremos a este mismo Espíritu hacer lugar en nosotros y entre nosotros. Sus distintivos son: fortaleza, sabiduría, amor. Fortaleza: para dejar hablar y actuar al Señor mismo, despreocupados del consenso y oposición; fuerza, cuya más profunda medida es la debilidad de la cruz. Sabiduría, que mira inequívocamente a la verdad de Jesucristo, pero que igualmente escucha sin prevenciones las preguntas e inquietudes de los hombres de hoy. Finalmente, y por encima de todo, el amor que todo lo emprende, lo soporta y espera; amor que produce unidad, pues va con Jesucristo hasta la cruz, une el cielo y la tierra, y reúne a todos los separados». Y al hablar de las vocaciones sacerdotales y religiosas, Juan Pablo II añadía: (n. 7): «Poned especial atención en el futuro de las vocaciones y de los servicios pastorales... Tengo como una de las más importantes obligaciones el hacer todo lo posible con la total dedicación a la oración y al testimonio espiritual, para que la llamada de Dios a los jóvenes a entregarse al servicio indiviso del Señor, pueda dejarse oír y para que se den en esto las necesarias condiciones en la familia, en las comunidades, en las asociaciones de jóvenes».

48. Hom. del 16-XI-80, n. 6; *L'Oss. Rom.*, ed. cast. (812).

49. DP, 296, n. 5.

prende también mejor la intensidad de las palabras del Papa a los religiosos: «Vosotros habéis pronunciado, en la fe, un *Sí para todo y para siempre*»⁵⁰. Estas mismas palabras fueron dirigidas a los sacerdotes al señalarles el valor de su celibato: «Cristo nos ha enseñado que el hombre tiene sobre todo derecho a una peculiar grandeza, a un *derecho a aquello que propiamente le supera*»⁵¹. Estos pensamientos del Santo Padre encuentran su ratificación en la enseñanza sobre el *pecado* y la *tentación*, que repitió casi literalmente tanto a los sacerdotes, como a los religiosos y a los jóvenes, en Fulda, Altötting y Munich. El pecado es el engaño del enemigo de nuestra «divinización». Hay una falsa divinización: querer hacerse igual a Dios, pero sin Dios y, por tanto, contra Dios. El falso humanismo trata de convertir las debilidades humanas, consecuencias del pecado, en derechos humanos. Es una traición a la obra creadora de Dios y a su misericordia redentora. Los hombres, la Iglesia, Jesús, tienen, en cambio, derecho a que el hombre aspire a algo sobrehumano, a ser realmente como Dios. Esas ideas se apoyan en aquella concepción del hombre como imagen de Dios que es tan característica de la antropología de Juan Pablo II, y en la que se condensan tanto sus principios filosóficos y teológicos, como los que se refieren a las aspiraciones trascendentes. Al meditar las palabras del Santo Padre sobre el pecado y la tentación del falso humanismo encontramos de nuevo la respuesta cristiana, ausente en los clásicos del paganismo, ante el misterio del mal. Precisamente el mal es lo que quieren ignorar las ideologías actuales con la negación del pecado. Indudablemente el Papa conoce bien la verdadera situación del pensamiento de los últimos dos siglos. Este falso optimismo constituyó paradójicamente el punto de apoyo del liberalismo protestante, que en nuestros días ha invadido todo el pensamiento religioso y que, precisamente, está en plena contradicción con la que fuera la tesis fundamental de los primeros reformadores, es decir la concepción de una naturaleza humana totalmente incapaz de hacer el bien. En este sentido, desde el punto de vista pastoral, es muy significativa la insistencia con que el Santo Padre habló, tanto a los sacerdotes, como a los obispos, de revalorizar el Sacramento de la Penitencia⁵². El Papa insistió en la conveniencia de aprovechar las celebraciones penitenciales comunitarias para preparar a los fieles a la confesión individual, ya que ésta últi-

50. DP, 303, n. 3: «En nuestro tiempo en el que no se tiene la valentía de aceptar los compromisos, y tantos prefieren una 'vida a prueba', os corresponde dar testimonio de que cabe arriesgarse en un compromiso definitivo, en una decisión por Dios que comprenda toda la vida; algo que os hace libres y felices, si se renueva cada día».

51. DP, 301, n. 8.

52. DP, 301, n. 5: «Hablo del Pastor que quiere liberar del pecado y de la culpa por medio del ofrecimiento de la conciliación, que ofrece a los hombres sobre todo el sacramento de la reconciliación, el sacramento de la penitencia. En nombre de Cristo puede y debe el sacerdote gritar a un mundo que parece irreconciliable e irreconciliable: 'Reconciliaos con Dios' (2 Cor. 5, 20)».



ma es el fin inmediato de aquellas, y subrayó también, con energía, el carácter personal del Sacramento⁵³.

Por último, también es conveniente citar el ruego cordial, pero imperativo, del Papa a los sacerdotes y a los obispos para que cuiden la unidad en la liturgia, que no puede ser nunca elemento de división y piedra de escándalo, pues la Eucaristía es el sacramento de la unidad y del amor⁵⁴.

8. *El ecumenismo*

Este tema tan esperado, motivo de desavenencias antes de la visita del Santo Padre, no podía obviamente encontrar una solución definitiva en Maguncia. Pero el Papa disipó todos los recelos. Con gran audacia recordó que Lutero, en 1510-1511, había ido a Roma como peregrino. Ahora era él, Juan Pablo II, el que iba de peregrinación a Alemania, para aprender. Recordando el famoso comentario a la Epístola a los Romanos, el Papa citó varias veces las palabras de Lutero precisamente para subrayar que al buscar la unidad, se trata de creer en *lo que es de Cristo*: es decir su Iglesia, su misión, su mensaje, sus sacramentos⁵⁵, así como los ministerios al servicio de la Palabra y de los sacramentos. La voluntad de Cristo sinceramente seguida impulsa a una profundización en el estudio de la Verdad, no para hacer más profundo el foso de separación, sino para superarlo. Aludiendo al aniversario de la *Confessio Augus-*

53. DP, 301, n. 5: «Juntamente conmigo deberéis reconocer con dolorida preocupación que la recepción personal del sacramento de la penitencia ha disminuido fuertemente en vuestras comunidades durante los últimos años. De corazón os ruego y os exhorto a hacer lo posible para que todos los bautizados vuelvan a la práctica frecuente del sacramento de la penitencia a través de la confesión personal. A esto han de llevar las celebraciones penitenciales, que tan importante papel asumen en la praxis penitencial de la Iglesia pero que en circunstancias normales no pueden sustituir la recepción privada del sacramento de la penitencia. Procurad también vosotros recibir regularmente el sacramento de la penitencia». Y DP, 302, n. 6: «Estoy convencido de que un renacimiento de la conciencia moral y de la vida cristiana va estrecha e indisolublemente unido a una determinada condición: a la revitalización de la confesión personal. ¡Haced de esto una prioridad de vuestro empeño pastoral!».

54. DP, 301, n. 6: «Yo os ruego, hermanos y amigos en el sacerdocio, que continuéis con responsabilidad por el camino que la Iglesia ha decidido seguir hoy con plena fidelidad a su antigua tradición y que mantengáis ese camino libre de cualquier falso subjetivismo».

55. DP, 300: «De qué se trata ante todo en estos esfuerzos, podríamos dejárnoslo decir por Lutero en sus exposiciones sobre la Carta a los Romanos de 1516-1517. El enseña que 'la fe en Cristo, por la cual somos justificados, no consiste en creer en Cristo o más exactamente en la persona de Cristo, sino en creer en lo que es de Cristo'. 'Nosotros deberíamos creer en El y en lo que es suyo'. A la cuestión '¿qué es esto?', responde Lutero refiriéndose a la Iglesia y a su auténtica predicación. Si las cosas que nos dividen fueran solamente 'las ordenaciones eclesiásticas instituidas por los hombres (cfr. *Confessio augustana*, VIII)', entonces las dificultades podrían y deberían ser resueltas lo antes posible. Según la convicción católica, el disenso afecta a 'lo que es de Cristo', a 'lo que es suyo': su Iglesia y la misión de ésta, su mensaje y sus sacramentos, así como los ministerios instituidos para el servicio de la palabra y de los sacramentos».



taná el Papa dio gracias a Dios por las verdades centrales en las que existe comunidad, y propuso la constitución de una comisión mixta que trabaje en Roma para buscar el fundamento unitario que existe entre las confesiones divergentes. Pero no fueron sus palabras, ni siquiera la propuesta de formar una comisión que pueda tratar estas cosas directamente con el Papa en Roma, la fuerza que dio impulso a esta jornada auténticamente ecuménica. Fue lo que el Papa mostró, y que indudablemente captaron todos los representantes de las diferentes comunidades cristianas allí presentes; fue la fuerza del amor a los hombres en concreto, amor que encuentra en la persona de Jesucristo su fundamento, ya que los cristianos son miembros de su cuerpo místico por el bautismo.

En la rueda de prensa, mantenida dos horas después de las reuniones con el Papa, todos los representantes coincidieron en la importancia emocional de este encuentro. El Papa había sabido ganarse las simpatías de todos y, sobre todo, había sabido hacer reconocer el prestigio de su autoridad como sucesor de Pedro. Y, al mismo tiempo, había señalado que, más allá de las divisiones históricas, hay un peligro común contra el cual han de luchar todos los hombres de buena voluntad: el ateísmo y la incredulidad⁵⁶.

9. *El valor apostólico del trabajo*

El problema del trabajo debe ser encuadrado en el marco de la obra de la Redención, de modo que se logre unir el trabajo con el apostolado⁵⁷. Así centró el Papa sus pensamientos sobre el trabajo, «que debe ser», dijo citando al gran apóstol social —que fuera también obispo de Maguncia— Ketteler, «luz de la verdad y del amor de Dios, ...que no debe ser apagada por la sombra de la injusticia, de la explotación, del odio y de la humillación del hombre»⁵⁸. Por eso hay que continuar haciendo madurar la gran herencia espiritual de la doctrina social de la Iglesia a la que tanto han contribuido unos hombres providenciales en Alemania. El Santo Padre se refirió también a problemas muy concretos del trabajo en Alemania, pero acentuó sobre todo la dimensión humana, mundial, de las cuestiones sociales hoy en día. Lógicamente estos aspectos universales fueron tratados de un modo especial con los trabajadores extranjeros y con los emigrantes políticos; en estos últimos casos, sin embargo, también salieron a colación enseñanzas muy concretas sobre la familia y la libertad y la dignidad del hombre. La solución del problema social de nuestra épo-

56. DP, 300: «Ustedes saben que algunas décadas de mi vida han estado marcadas por la experiencia del desaffo que el cristianismo recibe del ateísmo y de la incredulidad. Por eso veo cada vez más claro lo que en este mundo significa nuestra común confesión de Jesucristo, de su palabra y de su obra y en qué medida somos apremiados por los requerimientos de la hora presente a superar las diferencias que separan todavía nuestras Iglesias y a dar testimonio de nuestra creciente unidad».

57. DP, 292, n. 2.

58. *Ibid.*



ca es sobre todo un servicio a la paz en el mundo: «*justitia et pax!* para combatir el dolor en el mundo, para asegurar los derechos de cada hombre en particular y de cada pueblo... Pero para combatir todo tipo de imperialismo, de agresión, de dominio, explotación y colonialismo, hace falta combatir el mal, el pecado»⁵⁹. Por eso la búsqueda de soluciones a los problemas del trabajo impone a los cristianos una obligación fundamental, la obligación del apostolado en el mundo del trabajo, la obligación del apostolado de los trabajadores en sus lugares de trabajo. No se trata, por tanto, de buscar soluciones puramente materiales ante los problemas económicos actuales, se trata de asegurar la libertad de las conciencias y la libertad religiosa⁶⁰. Consideradas desde el punto de vista de los problemas político-sociológicos de Alemania, no cabe duda que las palabras del Santo Padre fueron una llamada a los hombres de buena voluntad, pero también una llamada de atención a los políticos y funcionarios de las organizaciones laborales, para indicar de modo autorizado dónde deben buscarse soluciones concretas a los problemas más impelentes. Hay que evitar el egoísmo particularista preocupado sólo de una constante mejora material, que busca alcanzar su objetivo a costa de otros pueblos, que poseen un nivel de vida menos próspero que el de Alemania. En concreto se deben dar facilidades a los hombres que quieren encontrar en este país una solución a sus problemas vitales y que trabajan como extranjeros o refugiados políticos, para que puedan integrarse plenamente en la vida nacional, sin obligarlos a perder sus tradiciones familiares, étnicas y religiosas, que son los pilares de su personalidad.

10. *Un posible balance*

¿Será presuntuoso decir que el Papa está contento y agradecido por su visita a Alemania? Sus palabras después del *Angelus* en Roma, el 23 de noviembre, parecen corroborar esta apreciación; no fueron palabras puramente de cortesía, sino que pusieron de manifiesto su simpatía personal por este pueblo, con el que él, también como polaco, se siente tan unido por el padecimiento de las guerras y los sufrimientos mutuos, sin querer investigar, con una grandeza de corazón realmente cristiana, quién sea el culpable del destino que unió en la historia a los dos pueblos en el dolor.

El Santo Padre ha tenido una última delicadeza, finísima, con Alemania: quiso hacer pública la oración dirigida a la Virgen en Altötting;

59. Discurso a los trabajadores extranjeros, Maguncia, 17-XI-80, n. 4 y 7; *L'Oss. Rom.*, ed. cast. (818) y (820).

60. DP, 299, n. 2: «Esto puede ser una llamada para muchos de vosotros, mejor, para todos, una llamada a todo el mundo cristiano del trabajo. Ved el problema del trabajo en la dimensión de la obra redentora y unid el trabajo con el apostolado. La Iglesia de nuestros días necesita de modo especial de este apostolado del trabajo: del apostolado del trabajador y del apostolado en medio de los trabajadores para iluminar esta gran dimensión de la vida con la luz del Evangelio. La luz de la verdad y del amor de Dios debe brillar sobre el trabajo del hombre».



él la pronunció allí en secreto, pero ha querido difundirla expresamente algunos días después. Y esto también es un síntoma del resultado del balance, que quizá el Santo Padre hizo de su viaje. No cabe duda de que muchos de los organizadores estuvieron quizás demasiado preocupados por todo lo que pudiese romper el clima de «paz ecuménica», y quisieran evitar así manifestaciones populares exteriores, como por ejemplo los actos de culto a la Santísima Madre de Dios u otros actos de piedad fuera de la Santa Misa. Después de la visita del Santo Padre se ha descubierto, o mejor dicho se descubrió incluso durante la visita, que el catolicismo alemán no es un fenómeno reducido. Los católicos no pueden ser clasificados en dos grupos: uno, de los fieles que, contra la mentalidad materialista, son consecuentes de un modo pleno con sus prácticas religiosas y mantienen las características peculiares católicas; y otro, de los cristianos cuyo compromiso religioso sólo se reduce a la dimensión social de la doctrina de Cristo. Esa simplificación ha favorecido hasta ahora las iniciativas pastorales «elitistas» de uno u otro signo. Pero esas concepciones o categorías ya se han mostrado como inválidas, pues se había minusvalorado la actitud creyente de millones de católicos, incluso de algunos que son inconstantes en sus prácticas religiosas, pero que siguen siendo y quieren ser transmisores de la fe, de aquella fe que en el fondo aman y aprecian, aunque la comunidad y el ambiente les haya vuelto perezosos.

El fruto pastoral de este viaje de cinco días no puede expresarse en estadísticas, pero indudablemente su impacto ha sido real. Ese impacto se nota, a veces, en la reacción espontánea de muchos católicos, como por ejemplo en el caso de unos jóvenes en Fulda que comentaban con un grupo de periodistas que les preguntaban sobre el Papa: «yo no iba a Misa desde hace tiempo, pero ahora me he propuesto hacerlo todos los domingos; pienso que las oraciones del Papa me ayudarán en mi propósito»; «yo hace mucho tiempo que no confieso, pero voy a hacerlo mañana». Y, frente a preguntas casi brutales sobre cuáles eran sus opiniones acerca de las relaciones prematrimoniales y los contraconceptivos, contestaban: «el Papa tiene razón; sin familia no se puede ser feliz»; «el mundo tiene mucho sitio para muchos hombres; si aquí fuésemos más podríamos emigrar a otros países para ayudarles en su desarrollo, sin que tuviesen que venir aquí los obreros de fuera para trabajar como esclavos». Hasta qué punto se pueden atribuir a todos los fieles estas respuestas de Fulda, es difícil, o quizás imposible decirlo, y en el fondo sólo lo sabe Dios. Pero ciertamente la visita del Santo Padre ha hecho mucha mella en millones de almas. El fortalecimiento de la fe de las familias, de los sacerdotes, de los religiosos, de los cristianos en la diáspora, de los jóvenes y los ancianos, de los intelectuales y los obreros, ha afectado no solamente a los católicos, sino que ha abierto horizontes y despertado añoranzas por la verdad en muchos corazones incluso de no cristianos.

De esta realidad se han dado cuenta quienes, después de la visita, o incluso precisamente como consecuencia de la visita, se han hecho aún más cerrados en su oposición a la religión. De nuevo hay que señalar que esos comentarios negativos, malignos e injustos, carecen de eco en el



pueblo alemán, y han sido difundidos por algunos medios de información claramente sectarios. Afortunadamente, la virulencia y la evidente mala fe de este tipo de información ha levantado la protesta de quienes, antes de la visita de Juan Pablo II, opinaban que el modo de pensar de la mayoría de los alemanes era contrario a la doctrina de la Iglesia. El pueblo alemán está orgulloso del encuentro con el Papa. El «amo te» de un grupo de jóvenes al aterrizar el Santo Padre en el aeropuerto de Colonia es ahora un suspiro en millones de corazones de alemanes.